

FRANCIA Y MÉXICO

Jacinto Beltrán*

En uno de nuestros últimos números, empezamos a insertar el artículo que sobre la cuestión mexicana ha publicado monsieur Michel Chevalier en la *Revue des Deux Mondes*. Los sucesos que posteriormente han ocurrido en aquella parte del mundo han privado de todo interés a la voluminosa producción del célebre economista. Nuestro objeto al trasladarla a las columnas de *La América* era comentarla con algunas notas críticas que demostrasen los errores en que había incurrido el órgano de la política imperial. Esos errores han sido más elocuentemente combatidos por hechos notorios y muy especialmente por el acta de la Conferencia de Orizaba. Sin embargo, monsieur Chevalier aventura algunos datos y observaciones que descubren anticipadamente las intenciones de aquel Gobierno, y que tienden directamente a disponer la opinión pública de Francia y de Europa para que no les cogiera de susto lo que iba a suceder. Algunos pasajes del consabido artículo van a servir de texto para unas ligeras consideraciones.

Monsieur Chevalier divide su trabajo en dos partes. La primera es una descripción geográfica y estadística de aquel país, de su clima, de su territorio, de sus minas, de sus ciudades, etc., en todo lo cual no nos dice nada que no hayamos leído en Humboldt y en Prescott, de cuyas obras ha sacado todos sus materiales. La segunda se dedica especialmente a la expedición y empieza por las probabilidades de su éxito. Bajo el punto de vista militar, es infalible, de lo cual nadie ha dudado, pero no todos convendrán en algunas de las pruebas de que el autor hace uso en confirmación de su aserto. En su opinión, el Ejército francés tiene en su favor tal número de ventajas que la expedición será mas bien una gira de campo que una empresa belicosa.

Todo les sonrío en su tránsito de Veracruz a la capital. Atravesarán una región tan sana como hermosa. Las grandes haciendas de ganadería, sembradas en el camino, les suministrarán cuanta carne puedan necesitar y, lo que es más, gran cantidad de frijoles, alimento sustancial y agradable. La leña para los ranchos y para calentarse en los campamentos está de sobra en todas partes. Es verdad que el agua potable no es muy grata al paladar, «pero la administración militar ha tomado sus precauciones contra este inconveniente», aunque el autor no se digna revelarnos en qué consisten estas precauciones, porque si todas ellas se reducen a la ración de café que se distribuirá a la tropa, la administración no acredita su originalidad ni la precaución bastará para satisfacer la sed que provoca una marcha penosa bajo un clima abrasador.

* Beltrán, Jacinto, «Francia y México», *La América*, VI, núm. 7 (8 de junio de 1862), pp. 11-12.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002238961&search=&lang=es>

El autor pone en duda que el soldado francés se acostumbre al pulque, y no puede disimular que por ahora la privación del vino es un mal inevitable. Toda esta parte del artículo va dirigida al soldado francés y a su familia. ¡Cuántos desastres y cuantas lágrimas vendrán dentro de poco a disipar estas crueles ilusiones!

Lo que sigue pertenece a la política: «Si los franceses se hubiesen presentado solos, apenas habrían encontrado resistencia». Pues entonces, ¿a qué vienen esas crispaciones nerviosas, ese mal disimulado despecho de que la *Patrie* se ha hecho intérprete, y que las columnas del *Moniteur* han reflejado, descubriendo su verdadero origen y el verdadero paciente de la dolencia? ¿Por qué os quejáis tan amargamente del abandono en que os dejan vuestros aliados? ¿Por qué esas diatribas contra el general Prim, que sabéis modificar cuando habláis de la expedición inglesa, cuya conducta ha sido en todo igual a la de la española?

Pasamos, sin hacer mención de ellas, por muchas preciosidades dignas de *Punch* y del *Charivari*, para llegar a la parte más delicada del negocio: la candidatura del archiduque Maximiliano. El autor descubre en este proyecto grandes dificultades. La casa de Austria no debe ser popular en México, aunque no sea más que por los recuerdos que ha dejado Felipe II. Su permanencia en el trono exigiría la de un ejército francés por un tiempo indefinido, y el autor, colocado entre la voluntad del emperador, su amo, bien decidida en favor de aquel príncipe, y los obstáculos evidentes que se oponen a la realización de tan absurdo designio, se enfrasca en un laberinto de conjeturas y de sofismas en el cual no nos sentimos inclinados a seguirlo. Monsieur Chevalier es un economista eminente, pero como pensador profundo y elocuente escritor su reputación no es envidiable. Si a estas circunstancias se agrega la obligación de sostener una tesis contra la cual se sublevan de consuno el raciocinio y la experiencia, la verdad y la justicia, será fácil explicar el poco acierto con que en esta ocasión ha manejado la pluma y el mal efecto que ha producido en Francia, según aseguran cartas de París que hemos visto, esta explosión de condescendencia palaciega y esta flexibilidad a las insinuaciones del poder.

Hay, sin embargo, en el artículo algunos rasgos de candidez que revelan en el autor su falta de práctica en las funciones poco envidiables que por primera vez desempeña. De cuando en cuando parece que sucumbe bajo el peso que le han echado encima, y los esfuerzos que hace para esquivarlo son tan poco diestros como inútiles: «Por corta que fuese la ocupación de la capital y de algunos puntos principales de México por una fuerza francesa, no podría menos de provocar graves objeciones en Francia. La opinión no miraría con buenos ojos unos gastos provechosos tan solo a extranjeros. Si se adopta, pues, este medio para sostener el nuevo trono, sería conveniente que se tuviese por entendido que, en cuanto el tesoro mexicano dejase de ser un cofre vacío, los gastos de una ocupación en que solo se interesa la nación mexicana serían satisfechos por ella».

Aquí se trata la cuestión bajo dos puntos de vista: el militar y el económico. En cuanto al primero, el autor no disimula sus temores de que la ocupación dure más tiempo del que convendría a los intereses de la Francia, y del que sería aprobado por la opinión pública. El ejemplo de Roma no deja de ser elocuente, y la alternativa que de su consideración resulta no deja de ser apremiante: porque si aguardan los france-

ses a que el país se tranquilice para retirarse, bien pueden aplazar esta operación para las calendas griegas. Si se retiran antes de haber conseguido aquel objeto, ¿qué dirá el mundo de las promesas, de la supremacía y de la previsión de la nación francesa? El autor habla de la ocupación de la capital y de algunos puntos principales. ¿Qué puntos serán estos? ¿No son principales todas las capitales de provincia? ¿Y cuántos millares de hombres son necesarios para cubrir puntos tan distantes unos de otros, y separados por inmensos desiertos?

En cuanto a la cuestión económica, ajustemos cuentas. Los franceses reclaman doce millones de duros por los perjuicios hechos a sus compatriotas, más quince por el contrato de la casa de Jeker. Si a estas frioleras se agregan los gastos de una ocupación que, sin pasar del día de hoy, ascienden a cincuenta millones de francos, ¿bastarán las minas de México, dado que fueran del dominio público, para llenar tan espantoso vacío? ¿Y serán, por otra parte, los conservadores mexicanos, los favoritos del Imperio, los que llenen ese cofre vacío del tesoro? Pero de cuantos partidos han devorado la sustancia de aquel malaventurado país, ninguno ha excedido en rapacidad y dilapidación al que se acoge hoy al pabellón imperial. ¿A cuál de ellos pertenece la autoridad que mandó violar el depósito de los caudales ingleses, protegidos por la bandera de su nación, en casa de su representante, rompiendo sus sellos y maltratando a los súbditos de la reina Victoria? ¿De dónde han salido los millones de que hoy disfruta en su magnífica residencia de San Tomás el jefe y fundador de ese partido, cuyos individuos, según expresa un documento firmado por un ministro francés, merecen toda la confianza de su augusto amo?

Llenaríamos volúmenes si nos propusiéramos desmenuzar la obra de monsieur Chevalier y hacer el inventario de los errores, tergiversaciones, reticencias y fanfarronadas que contiene. Sería tarea tan fastidiosa como inútil, ya que la noble y oportuna resolución del general Prim nos ha puesto fuera del alcance de los males que ha de producir la más descabellada, la más injusta y la más peligrosa de cuantas operaciones político-militares han abortado en el siglo presente, a influjo de la embriaguez del poder y de la ambición más irreflexiva y desbocada.